

STRATOS, A., *Studies in 7th-Century Byzantine Political History*, Variorum Reprints, 1983, London.

El siglo VII marca, para la Civilización Bizantina, el inicio de un oscuro período que se prolongará por espacio de dos siglos, época que algunos han llamado “la Gran Brecha del Helenismo”, y que separa dos períodos bien definidos: hasta el siglo séptimo estamos frente a un Imperio tardo-antiguo; después del siglo IX emerge lo propiamente bizantino, esto es, un Imperio griego medieval. Así, pues, el siglo VII marca el comienzo de una profunda transformación, período crítico y crucial para el futuro de Bizancio y que, paradójicamente, ha sido poco estudiado. Esto se debe a la complejidad del momento histórico en cuestión, por una parte, y a la rareza de las fuentes, por otra. Doble mérito, pues, el de Andreas N. Stratos (1905-1981), quien no sólo se atrevió a estudiar este período sino que, además, lo hizo con gran acierto, analizando con erudición y perspicacia las escasas fuentes disponibles, así como la bibliografía existente respecto de este tema.

En el presente volumen se reúnen trece estudios de Stratos, una pequeña pero contundente muestra de su obra, publicados en distintas revistas europeas entre 1967 y 1981. Probablemente la experiencia del autor como diplomático —exitosa carrera que abandonó para dedicarse por entero a los estudios históricos— le enseñó que es preciso, siempre, fijar la atención en detalles que muchas veces son reveladores, pero sin perder la visión global del conjunto, para dar a aquellos detalles su justa valoración. Y también a la inversa: ser capaz de ver y aprehender el todo sin perder de vista las partes que lo integran. En sus estudios, así, Stratos puede aplastar al lector con su brillante erudición, pero ésta siempre va acompañada de una gran capacidad de recreación histórica que eleva al lector al plano que le interesa: la cabal comprensión de un proceso. Es notable, por ejemplo, la precisa descripción de las fronteras bizantinas a comienzos del siglo VII, para pasar luego a revisar cuáles fueron sus cambios a lo largo de tal centuria. A pesar de las numerosas precisiones, se obtiene una visión general de los límites del Imperio que permite, casi naturalmente, concluir con el autor que “a comienzos del siglo VIII, el Imperio, a pesar de la pérdida de vastas y ricas regiones, a pesar del desmembramiento que ha sufrido, sobrevivió a esas crisis innumerables que pudieron serle fatales. Tiene ahora fronteras extensas, y es lo suficientemente poderoso como para hacer frente a los múltiples enemigos que lo asedian, así como para cumplir con su misión: la preservación de la civilización grecorromana”.

En otros casos aborda un problema historiográfico, controversias producto de aparentes contradicciones de las fuentes y que han llevado a la mala comprensión de algún hecho histórico. Stratos analiza rigurosamente las fuentes, poniendo en evidencia los errores de algunos importantes historiadores, para llegar a conclusiones sólidas y contundentes. Es el caso de un breve pero riguroso estudio acerca de “un desconocido hermano del emperador Focás”, en el cual Stratos no se conforma con sólo probar su tesis, sino que sitúa el problema en su real dimensión histórica con el fin de darle un sentido. La lección es clara: el saber sólo por pura erudición si Focás tuvo uno o más hermanos no tiene mayor relevancia en sí, a no ser que este problema ilumine una situación más importante de la vida del Imperio. Similar estilo expresa Stratos en otro artículo, en el cual se analizan las fuentes y bibliografía existentes para llegar a determinar la fecha precisa de un ataque sorpresa del pueblo ávaro sobre Constantinopla. Antes de comenzar su análisis, lleno de sutilezas y muy bien documentado, el autor se preocupa de narrar, en términos globales, los hechos, para que el lector se informe previamente del problema a tratar. Una vez más, el estudio abunda en detalles que, gracias a la notable pluma de Stratos, no alcanza

a tornarse en una tediosa exposición, sino, al contrario, es un estudio apasionante en el cual se entregan al lector todos los argumentos necesarios para llegar, casi de la mano del autor, a las conclusiones pertinentes.

Bastan, creemos, estos tres ejemplos para señalar que estamos frente a una obra atractiva y de calidad, clara demostración de que algunos problemas históricos tachados de “difíciles” no son tales, al menos cuando los aborda un estudioso de la talla de Stratos.

José Marín R.

*Byzantium and the Classical Tradition*, University of Birmingham, Thirteenth Springs Symposium of Byzantine Studies, 1979, edited by Margaret Mullet and Roger Scott in conjunction with the Seventy Fifth Anniversary of the Classical Association, Centre for Byzantine Studies, University of Birmingham, 1981, Birmingham, X+250 pp., including 23 images and a Index.

En abril de 1979, en la Universidad de Birmingham, con motivo del décimo tercer Spring Symposium of Byzantine Studies, cuyo tema en esta ocasión fue la Tradición Clásica, se reunió un selecto grupo de estudiosos del mundo griego antiguo y medieval. El volumen que hoy reseñamos contiene una selección de aquellas conferencias, diecinueve en total, que plantearon el tema de la tradición clásica en relación con la Civilización Bizantina. Se ha hecho un lugar común el señalar a ésta como un “puente” entre el mundo clásico y su revalorización por los humanistas de los siglos xv y xvi, como una civilización que, “pasiva” y casi “inconscientemente”, sólo “conservó” un legado histórico que ella misma apenas conoció; no obstante, la reflexión de los diecinueve autores reunidos en esta ocasión —algunos muy renombrados, como R. Bolgar o C. Mango— dejan muy en claro que Bizancio no sólo fue capaz de “conservar” el legado clásico, sino que, además, se sirvió de él, lo estudió, imitó y aprehendió, es decir, hizo suya la tradición clásica o, tal vez, se hizo parte de ella, y ello con una naturalidad —dada su lengua, el griego— que no tuvieron los humanistas del renacimiento europeo.

El libro está articulado en torno a cuatro grandes temas:

Definiciones de la tradición clásica (pp. 5-58), en la cual cuatro estudiosos indagan acerca de las características de ésta, así como su influencia en Bizancio. Son artículos de carácter general —en relación al resto de la obra—, pero necesarios para dejar bien establecidas las bases de estudio así como los puntos en que se tocan el mundo clásico y el medieval bizantino. Se destaca aquí, por su originalidad, el estudio de R. Bolgar, quien analiza tópicos que usualmente no son relacionados con el mundo clásico o que, en general, son poco estudiados. Es el caso de los llamados “Evangelios Apócrifos”, los que, según Bolgar, tienen bastante en común con las historias que circulaban en el mundo pagano, descubriendo —en su forma y contenido— claros paralelos con algunas novelas helenísticas, como Teágenes y Cariclea, por ejemplo. Un estudio interesante que demuestra que el Cristianismo no negó todo el pasado pagano, sino que asumió gran parte de él, preservándolo para las generaciones futuras. Si la conclusión no es del todo original, sí lo es la argumentación y el análisis previo.